



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11058

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extran-
ero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 16 DE SEPTIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD

En distintas ocasiones y con em-
peño digno de resultados mejores,
nos hemos ocupado del estableci-
miento de una Caja de Ahorros, y
de un Monte de Piedad que fuera
completamente de aquella institu-
ción; mas, por desgracia, nuestra
voz se perdió en el vacío.

Al calor de nuestra defensa, se
inflamó en entusiasmo alguna vez
mas de un alma generosa y sintió
el deseo de poner una piedra en
obra tan selecta; pero el entusias-
mo fué pasajero, el deseo se ex-
tinguió enseguida, los propósitos
no arraigaron y el pensamiento
quedó en el abandono, esperando
momento oportuno para manifes-
tarse nuevamente.

¿Seremos esta vez más felices y
lograremos lo que no pudimos en
otras ocasiones? ¿Quién sabe! La
realización de toda obra requiere
constancia y ésta no nos falta. Si
no logramos ahora realizar nues-
tro propósito, tendremos pacien-
cia y enmudeceremos para volver
sobre lo mismo en otra ocasión.
Mientras tanto quedará echada en
el surco la semilla y ella germina-
rá y dará fruto. Precisamente lo
bueno encuentra siempre acogida
entusiasta en esta población y bu-
enos son y más que buenos la Ca-
ja de Ahorros y el Monte de Pie-
dad.

Si los que se encuentran en ac-
titud para acometer esa obra me-
ritísima se persuadieran de que
no se necesita un esfuerzo sobre-
humano para realizarla ya esta-
ría hecha. Con poco capital ha-
bría bastado para las primeras
operaciones; después el ahorro de
las clases jornaleras haría lo de-
mas para que viviera el Monte.

No se necesitan muchos miles
de duros sino unos pocos millares
de pesetas; y como esta cantidad
no es fabulosa, ni mucho menos,
y el sacrificio del adelanto podría
reducirse á medida que se lo re-
partieran más personas, la mejora
que defendemos es hacadera y so-
bre hacadera facilísima y sobre fa-
cilísima muy necesaria, si se quie-
re que entre la clase jornalera de
esta población se propague alguna
vez la costumbre del ahorro.

Continuamente se lee en cara
a dicha clase que no piensa en el
mañana y que el dinero que debía
ahorrar para atender á casos de
enfermedad ó á otros imprevistos,
lo malgasta en diversiones; ocu-
rriendo que cuando llegan los mo-
mentos de apuro se vé precisada á
echarse en brazos de la usura que
la explota sin compasión.

La censura no deja de ser razo-
nable; pero no la merecería el me-
diante si se le facilitara el medio
de poder depositar la peseta en
sitio que no estuviera de continuo
á su alcance, porque si el deseo se
aviva y hay dinero á mano no
hay voluntad capaz de resis-
tirlo.

Y no hablemos de los que por
falta de trabajo, por enfermedad
ó por otras causas se ven obliga-
dos á desprenderse de la alhaja
ó de la ropa; esos rara vez recu-
peran lo que empeñan, porque lo
que llevan al usurero naufraga en-
tre fabulosos intereses.

¿Cuánto bien recibirían esos des-
graciados si pudieran recurrir al
Monte de Piedad!

Y cuánta sería la satisfacción
que sentiríamos nosotros si estas
líneas escritas sin método, al co-
rrer de la pluma, tuvieran la vir-
tud de aunar voluntades y des-
pertar entusiasmos que empuja-
ran á la realización de la buena
obra!

GLORIAS NACIONALES

Reconquista de Antequera

16 de Septiembre de 1410.

Por haber terminado la tregua pacta-
da con el rey granadino Cid-Yusef, á
principios de 1410, dispuso el infante
don Fernando, más tarde llamado el de
Antequera, llevar nuevamente la guerra
á los territorios musulmanes, por cuyo
motivo en el mes de Abril de aquel año
acompañaba un ejército cristiano de
10.000 peones y 2.000 lanzas en la ri-
bera del río Yeguas, no lejos del límite
del reino de Granada.

Dividido el ejército en cinco cuerpos,
cuyos mandos respectivos encomendó
don Fernando á Ruy López Dávalos,
D. Alfonso Enriquez, D. Gómez Manri-
que y D. Diego Ponce de León, reser-
vándose él la dirección de uno de ellos,
pásose en marcha, y el 27 del mencio-
nado mes llegó ante los muros de An-
tequera.

Apenas habían terminado las obras
necesarias para acampar y comenzado
las de sitio, llegó en auxilio de los de
Antequera un ejército bastante más nu-
meroso que el sitiador, reunido en Ar-
quidona, por el monarca granadino, con
el cual tuvieron que librar batalla los
cristianos, la que, afortunadamente,
terminó con una completa y desastrosa
derrota de los infieles, pudiendo enton-
ces proseguir las huestes de D. Fernan-
do las obras de sitio, tan luego llegaron
al campo de los sitiadores unas basti-
das mandadas construir en Sevilla
para dar el asalto, comenzaron los tra-
bajos para cegar el foso que defendía la
muralla, por no poderse arrimar á ésta
aquellas escalas; más hubo que sus-
penderlos á causa de las muchas bajas
que los moros hacían, hecho que enojó
al infante, quien para dar ejemplo co-
gió una espada llena de tierra y con
paso lento, sin preocuparse por la llu-
via de piedras, balas y saetas que caía
á su derredor, dirigióse al borde del fo-
so, donde vació la tierra, y volviendo
al lugar en que se hallaban los suyos
les dijo en alta voz: *haced vergüenza á
faced lo que yo hago.*

Todos los soldados imitaron la con-
ducta de su señor, y, aunque á costa de

bastantes muertos, al fin lograron ce-
gar el foso, viéndose entonces que las
bastidas eran cortas; mas ni este con-
tratamiento ni otros que se sucedieron,
por lo cual el sitio se hizo más largo
de lo que se esperaba, desalentaron á
los sitiadores. Firmes en su propósito
de apoderarse de Antequera, no repa-
raban en las bajas que sufrían, ni en el
cansancio, que aquel continuo pelear
les ocasionaba, ni en las enfermeda-
des á que daban lugar las fatigas y las
privaciones naturales en tan largo si-
tio, y gracias á tan grande energía,
el pendón de Castilla fué enarbolado en
la ciudad musulmana el 16 de Sep-
tiembre, después de casi cinco meses
de sitio.

En la mañana de este día, el artillero
Juan Gutiérrez de Torres, seguido de
unos cuantos compañeros, subió por
una bastida á la torre en que se halla-
ba armada, y después de dar muerte á
los que la defendían, izaron la enseña
castellana y protajeron la subida de
otros soldados.

Fuero recibidos por la consternación que
entre los sitiadores produjo tan inespera-
do hecho, los cristianos arrimaron las
escalas á varios puntos de la muralla,
y poco después empeñaban sangrienta
lucha en las calles de la ciudad.

Los infieles, cuando vieron perdida
su causa, se refugiaron en el castillo,
donde continuaron peleando hasta el
día 24, fecha en que se rindieron sin
condiciones.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

CRÓNICA INTERNACIONAL

[De nuestro servicio especial]

Mientras no escasa representación de
la prensa extranjera decía á voz en gri-
to que era inevitable el rompimiento en-
tre Inglaterra y Rusia, muy contados
escritores, y entre ellos nosotros, sos-
teníamos la opinión de que la anuncia-
da guerra no surgiría, por no convenir
á ninguna de las dos naciones, particu-
larmente á la primera, que era, según
decían, la que había de lanzar el reto,
y, afortunadamente, hemos acertado los
que por estadar en debida forma el

asunto marchamos contra la corriente
de pesimismo, mas felices que verda-
deros.

Cuando ingleses y franceses avanza-
ban en sentido contrario por la región
del Níger, haciendo temer que el forzo-
so encuentro que había de ocurrir fue-
ra la chispa que incendiara la juncia, el
ministro de las Colonias, Mr. Chamber-
lain, pidió la alianza de Inglaterra con
los Estados Unidos, para de un golpe
solucionar con las armas el asunto del
Níger, pendiente con Francia, y el de
China, pendiente con Rusia.

El proyecto del campeón de la alian-
za anglo sajona encerraba probabili-
dades de éxito para la Gran Bretaña; por-
que dividía las fuerzas de la dupla en
forma que era imposible ninguna clase
de auxilios, y sin embargo, se desechó
el sueño de Chamberlain, y el proble-
ma del Níger lo llevó á feliz término la
diplomacia. Fijándonos en esto, en que
Inglaterra lucharía con mucha desaven-
taja, respecto á Rusia, en China, y en
varios hechos que son otras tantas razo-
nes para que Inglaterra rehuya toda
guerra con cualquier potencia europea,
en una de las crónicas en que habíamos
de los antagonismos que entre ru-
sos é ingleses habían creado sus encon-
tradas pretensiones sobre China, con-
signamos la creencia de que el asunto
se solucionaría en la misma forma que
el del Níger, no menos peligroso y de
difícil solución que aquel y así ha suce-
dido ó sucederá, porque el asunto está
en manos de los diplomáticos.

La proposición de desarme formulada
por Nicolás II, como el asunto de que
nos hemos ocupado mas arriba, ha sido
rolegado á segundo término.

Puede decirse que ya nadie se acuer-
da de la circular del conde de Mara-
vieff, no solo por que otros asuntos in-
ternacionales la han robado la atención
que había ella se reconcentra, sino
también porque, unos mas y otros me-
nos, todos nos hemos convencido de que
el pensamiento del czar es irrealizable,
al menos por ahora, por oponerse á ello
la mayoría de las potencias europeas,
no obstante los grandes beneficios que
en general reportaría el desarme; por-
que para llegar á él sería preciso la de-
volución de terrenos conquistados; que
todas las potencias desistieran de sus
pretensiones de expansión territorial,

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

201

Seguía lloviendo y ventizcando, y el marqués es-
taba mojado hasta el pellejo y aterido de frío.

Aquello, según él me ha confesado, le costó una
pulmonía que le puso á las puertas de la muerte.

Pero se salvó con la suya.
La silla de manos llegó al postigo de la Vega, lla-
mó á él de una manera particular, dando tres gol-
pes lentos y después algunos golpes precipitados
con un objeto duro, sin duda con la empuñadura de
su daga, el hombre que escoltaba la silla de manos,
y el postigo se abrió.

Pasó la silla, pasó el que la guardaba, y cerró el
postigo.

Peró inmediatamente, el marqués, que amparán-
dose de la densa oscuridad de la noche y del zun-
bido del viento para no ser visto ni sentido, se había
acercado á la silla, al llegar ésta á los muros avan-
zó rápidamente, y antes de que el postigo se cerra-
se por completo, llegó á él y le empujó.

El que cerraba el postigo se opuso á que pasara;
pero el marqués dió su nombre, y como era tan
gran personaje y tan conocido, el guarda le dejó
pasar, disculpándose humildemente de haberle de-
tenido.

El marqués siguió á la silla de manos tomando
otra vez distancia.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 205

La silla de manos entró por la calle de Malpica,
siguió por la Real de la Almudena, por la del Sa-
cramento, por la plazuela del Cordón; de allí bajó
á la calle de Segovia, la atravesó, se metió en la
villa, llegó á Puerta de Moros delante de una gran
casa, torció, entró en la calle del Almendro, siguió
la tapia de un jardín, se detuvo junto á un postigo,
llamó el hombre que acompañaba á la silla, se abrió
el postigo, la silla y su guarda entraron, volvió el
postigo á cerrarse, el marqués tomó bien las señas,
y ya con la fiebre de la pulmonía que había cogido,
se fué á su casa, se metió en la cama, y después de
haberlo visto el rostro á la muerte, salió de su casa
á los quince días, ya completamente restablecido,
para presentarse al rey, que le recibió con mucha
beneficencia, porque era gran privado suyo.

VI.

Pero durante su enfermedad, el almirante don
Juan Tomás Enriquez de Cabrera había tomado
un gran ascendiente sobre el débil monarca, en da-
ño del marqués de Castrovielo.

Ya sabeis, señora, cuánto importa á los que vi-
ven en la corte y de la corte, poseer un secreto del

se volvió seguidamente del marqués, pero sin repararlo;
llegó al postigo, le abrió con llave, entró y cerró.

VII.

El marqués, que estaba aquel día libre de servi-
cio, se entró en un casucho inmediato, dió algún
dinero á la ducha, que era una vieja, porque le
permitiese estar acehando desde una ventana, se
sentó junto á ella, y á sus horas de ociosidad co-
mió lo que la vieja le suministró, y de mala
manera, sin dejar nunca de mirar al postigo.

El marqués sufrió un plantón de los buenos du-
rante todo el día; llegó la noche, y por efecto de la
y cerrada y el marqués salió de la casa.
Pero no dejó su acehadero, sino que se continuó,
ocultándose en el mismo sitio, en que se había
ocultado por la mañana.

La noche, aunque oscurísima, no llovía,
no soplaban el viento, no hacía un frío, y como
Pero pasaba el tiempo, y el postigo permanecía
cerrado como lo había estado todo el día.

Dieron las ánimas,